



Insurrecciones en el siglo XVIII de Edgardo Rodríguez Juliá

Víctor Conenna¹

Universidad Nacional de Mar del Plata
Centro de Letras Hispanoamericanas
letraceluloide@gmail.com

Resumen: Las novelas de Rodríguez Juliá situadas en el siglo XVIII rescatan el sector más segregado de la sociedad colonial, el mundo negro, y giran en torno a tensiones raciales y rebeliones masivas de esclavos. Si se tiene en cuenta que en Puerto Rico hubo algunas rebeliones menores y aisladas que nunca tuvieron éxito, pero jamás hubo ni se conocen planes de una rebelión general, es factible pensar que se constituye un procedimiento mediante el cual la imaginación crea aquello que no sucedió y así se ataca directamente el vacío historiográfico puertorriqueño. La hipótesis principal de este trabajo es que, a través de la creación de un quimérico siglo XVIII, las novelas *La renuncia del héroe Baltasar*, *La noche oscura del niño Avilés* y *El camino de Yyaloide* buscan intervenir en el discurso historiográfico exhumando el mundo negro para inventar un pasado colectivo cuya trama y contenidos –poder, traición, claudicación, sumisión, renuncia– refracta sobre la centenaria condición colonial de Puerto Rico y contribuye a fortalecer el debate sobre su identidad cultural y estatus político.

Palabras clave: Insurrecciones – Puerto Rico – Siglo XVIII – Rodríguez Juliá

A través de la creación de un quimérico siglo XVIII, las novelas *La renuncia del héroe Baltasar*, *La noche oscura del niño Avilés* y *El camino de Yyaloide* buscan intervenir en el discurso historiográfico exhumando el mundo negro para inventar un pasado colectivo cuya trama y contenidos refracta sobre la centenaria condición colonial de Puerto Rico y contribuye a fortalecer el debate sobre su identidad cultural y estatus político. Este mundo negro, que cada novela problematiza en colisión con el mundo blanco, atraviesa la serie siguiendo un trayecto creciente en protagonismo y validación. Racializado en *La renuncia* e inscripto simbólicamente en *La*

¹ **Víctor Conenna** es Profesor en Letras y Magíster en Letras Hispánicas. Docente en la cátedra Literatura y Cultura Latinoamericanas II en la UNMdP y miembro del grupo de investigación Literatura y Cultura Latinoamericanas también en la UNMdP. Coordina ciclos sobre cine y literatura y desde hace doce años lleva a cabo proyectos dedicados a la relación entre dichos lenguajes, recortando corpus de escritores y cineastas latinoamericanos. Ha presentado ponencias en congresos y jornadas nacionales e internacionales y ha publicado artículos en revistas especializadas y de divulgación en distintos medios.



noche oscura, se escenifica en *El camino* a través de prácticas ancestrales que alteran radicalmente el sentido del poder y la rebelión para alzarse y proyectarse como matriz fundante del proceso de construcción continua de la identidad cultural isleña.

Comencemos por *La renuncia*, ¿qué tipo de sublevaciones se producen en esta novela? El historiador Alejandro Cadalso habla de revueltas, matanzas y desolación, de la creación de guerrillas en los montes, ataque a las haciendas e incendio de cosechas. Todas estas acciones, acompañadas por los más aberrantes actos de violencia, no duran más de seis meses y las autoridades coloniales nunca pierden el control de la plaza. En este contexto la conciencia de África, prácticamente, no aparece. Solo se menciona al principio que Baltasar había renunciado, entre otras cosas, “a la cultura de los barracones –que es trasunto de las antiquísimas culturas de la costa occidental de África” (50). Notemos, de antemano, más allá del término “trasunto” –que nos remite a la idea de copia- que la diferencia entre el uso del plural y el singular actúa como un sintetizador: las “culturas” de África sintetizan en la “cultura” de los barracones, que son, generalmente, lugares de tránsito. Pues bien, allí se acaba toda alusión a la cultura del continente de origen, al transterramiento y al exilio. La segunda y última referencia al África se encuentra en un documento titulado “Noticias del arrastre”, que aparece en forma anónima pero cuya autoría Alejandro Cadalso atribuye al mismo Baltasar Montañez. En él se menciona que cuando Josefina Prats fue obligada “a participar en la frenética celebración nupcial de la negrada” (70) la multitud se acercó “lanzando sucios insultos, y también blasfemias dichas en lengua de África” (70). No es casual que estos insultos y blasfemias sean proferidos hacia un blanco, dado que en *La renuncia* el aspecto cultural queda relegado a lo social y racial, el tránsito social es uno de los principales anhelos de los negros. Poder obtener la libertad, romper las cadenas de la esclavitud, no en un sentido metafórico sino fáctico.

Este panorama tiene sus variaciones en *La noche oscura*. En esta novela cae en manos de los negros la ciudad de San Juan, después de un alzamiento



armado generalizado que, además, constituye el intersticio donde se cuela el peso de la tradición cultural y la proliferación de manifestaciones culturales africanas en el exilio. Alejandro Cadalso, manifiesta que “[L]as celebraciones de los negros se convirtieron en la mejor defensa de la ciudad. Aquellos ritos, danzas, incesantes toques de tambor perseguían cruelmente a las tropas invasoras” (43). Recordemos que en la antigua cultura africana existían tantos ritmos como manifestaciones había en la vida y cada una de estas tenía su canción y su baile. La percusión se utilizaba para la comunicación entre pueblos y los diferentes toques de tambores significaban distintos acontecimientos; de acuerdo con el toque la población sabía lo que estaba sucediendo en el pueblo. Además, había otro instrumento de percusión llamado bomba que en determinados rituales tenía la facultad de hacer surgir un espacio donde los africanos o sus descendientes estaban nuevamente reunidos y en comunicación directa con sus “divinidades” o “energías”, como en la misma África. Un espacio semejante al del teatro, caracterizado por la abolición de reglas que regían la realidad cotidiana. Un espacio de sueño y utopía donde la esclavitud dejaba de existir.

Estrechamente vinculada a la percusión aparece la danza. La sucesión de movimientos corporales, posiciones y pasos ejecutados al compás de los ritmos musicales como una forma de expresión y de interacción social reviste un carácter religioso y cultural en todas las comunidades y, por supuesto, el reino fundado por Obatal en la plaza de San Juan no será la excepción. Sin embargo, nos interesa llamar la atención sobre una de las coreografías que se ejecuta en silencio, sin acompañamiento musical, el llamado baile “de los pájaros”:

en esta danza las mujeres cimbrean mucho las caderas, los pechos y la cintura (...). Y las negras alzan muchísimo el vuelo de sus faldas cuando dan el paso de pájaro, muy nostálgica evocación que este baile hace. Entonces golpean el suelo mientras paran los pechos. Y antes de que este gesto se convierta en brusco arrebató, hunden las erectas tetas y alzan codos y brazos como si fueran a volar, (...) esta evocación es fiel emblema del deseo negro de remontar vuelo hacia la libertad de su pasado en el grande continente de África.



También en ocasiones echan el culo bien alto hacia atrás (...). En verdad este culeo quiere decir que la prieta echó hacia atrás sus sabrosuras para defenderse cuando estuvo en cautiverio, de las muy bellacas y lujuriosas intenciones de amos y capataces. Justo entonces (...) echan al frente la cabeza mientras dan saltitos con el pie izquierdo, dejando el derecho suspendido en el aire, claro signo este gesto del cautiverio que siempre lastra aquel muy precario sueño de libertad (45, 46).

Lo corpóreo se fusiona con lo espiritual, los movimientos del baile “de los pájaros” evocan el pasado feliz en África y la esclavitud en América, retoman las raíces de la memoria de los ancestros y proyectan un futuro mejor, gozando de la libertad, en el viejo continente, pero el baile está anclado en el presente, donde ese sueño es efímero. Pasado, presente y futuro se funden en un efecto ritual. Y lo ritual es lo que subyace a estas manifestaciones poniendo en evidencia que esta serie de acciones se realizan fundamentalmente por su valor simbólico, que propician un espacio simbólico en el cual reconocerse. Y, en este sentido, no podemos dejar de lado la utilización del lenguaje. “Cuando los prietos hablan, el castellano sufre” (96), dice el cronista Flores en tono de burla, para señalar que la lengua de los conquistadores está intervenida por jergas africanas. Y si bien, como señala Susana Zanetti, “el testimonio negro directo está clausurado” (174), debemos considerar en su conjunto las numerosas referencias que se hace del uso de estas lenguas, más allá del castellano sufriente. ¿Por qué? Por dos motivos. En primer lugar, porque Puerto Rico ha resistido durante más de cien años los embates de Estados Unidos en busca de la imposición del inglés como lengua única y oficial. En segundo lugar, porque estamos intentando determinar los alcances del autorreconocimiento y de la conservación de la cultura en el exilio y el lenguaje y la capacidad de simbolización que conlleva son indispensables en todo sistema cultural.

Especial atención merece la novela *El camino de Yyaloide*² porque en ella no se produce ninguna sublevación armada. La etapa de revalorización

² Algunos de los conceptos expuestos en torno a esta novela ya fueron publicados en Conenna, Víctor. “Una rebelión distinta: la voz negra como instrumento de insurrección”.



del elemento africano comienza después de que al principio del segundo capítulo se observa, una vez más, la condición de servidumbre de los prietos cuando "... cargan las chalupas con todo lo necesario para el viaje..." (56), y a partir de allí se inicia un proceso en el que los personajes negros adquieren un mayor protagonismo que está estrictamente relacionado con el espacio geográfico.

En el viaje aparecen, cuatro personajes negros: Melodía, Marcos, su hijo Simón y Tomasa, quienes serán los encargados de contar y cantar las leyendas, plegarias y cantos que fueron traídos de África y transmitidos en forma oral por sus antepasados. Observamos en la travesía una serie de ritos religiosos, costumbres y tradiciones que hablan de ciertas prácticas configuradoras de matrices constructoras del mundo negro y, a medida que la expedición avanza, la nominación de los lugares geográficos ya no responde a la tradición judeocristiana sino a la tradición africana. Es significativo destacar esto porque podemos relacionar de manera clara los nombres con la historia contada por Marcos: la Laguna de Mato lleva el nombre de la serpiente marina que era montada por la Reina de África, tierra de Yyaloide, el de un reino imaginario donde los negros dejarían de ser esclavos y abrazarían la libertad, Laguna Torrecilla es el lugar donde Mitumo construyó una torre para encerrar a la Reina de África y Caño Lagrimilla donde lloró al descubrir que no podía amarla. Se verifica, así, en el espacio geográfico la huella de la tradición oral. La zona de los mangles es el sitio donde los negros sienten la omnipresencia de los ancestros y Marcos, en este caso, es un referente cultural válido en una comunidad ágrafa, a la que transmite la herencia cultural que lega su pasado con el fin de que los portadores sepan quiénes son y hacia dónde se dirigen.

El viaje también produce la revalorización de la cultura negra en cuanto a las explicaciones que su principal protagonista, el niño Avilés, exige para tratar de entender el entorno de los mangles, y estas explicaciones,



dependientes de quien las suministre, sirven para dar paso al antagonismo entre dos visiones del mundo: la del cronista Gracián, basada en la escritura, hispanófila y europeísta, vinculada con la razón y por lo tanto con el *logos*; y la cosmovisión de los negros, basada en la oralidad, afroamericana, vinculada al trance alucinógeno provocado por la hierba diablo y aferrada al *mito*. La explicación de algunos acontecimientos específicos pone de manifiesto el conflicto entre estas dos perspectivas. Así, la muerte de Pedro, uno de los remeros, en los mangles, sujeta al punto de vista de quien la interprete, deviene en versiones desencontradas: pudo haber sucedido por el ataque de un tiburón cubierto de una costra de limo verdinegro y caracolillos, criado y envejecido en el río y extraviado en el laberinto de canales, o por el ataque de Mato, la serpiente marina que le servía de corcel a la reina negra de esos lugares.

La discusión que se suscita a raíz de unos zocos espetados en una laguna se suma a la serie de acontecimientos que exhiben el conflicto entre las distintas perspectivas. Gracián, validando sus conocimientos en otras lecturas, gesto que legitima, también, el sistema escrito como fuente de saber, trata de explicar el origen de esos lugares:

Le aseguré que era historia conocida por gente de lectura que los indios caribes vivían por aquel litoral y venían a pescar a lagunas y mangles. Y para burlarme más de su ignorancia le expliqué que los zocos aguantaban unas redes de caña que tendían para cazar peces en lagunas y ríos (68).

Otra es la explicación cuando Gracián inscribe la voz de Marcos, contando una historia que, a su vez, le fue transmitida en forma oral por sus antepasados:

Según él aquellos zocos eran el basamento de una ciudad lacustre de negros que otrora se construyó en esa laguna.
[...] Y por así decirlo la ciudad lacustre se convirtió como en la tierra prometida. Los palafitos, que así se llaman estas viviendas edificadas sobre el agua, comenzaron a proliferar tanto que todo el horizonte del mangle fue rescatado de la naturaleza para la vida de los hombres... (68).



Además de ofrecer una explicación sobre los fenómenos de la naturaleza y de remitir a la tradición cultural africana es interesante resaltar otra posibilidad que encierran los mitos y que se relaciona con el miedo. Gracián, y esto se puede extender al resto de los hombres blancos, le teme a estas historias contadas por los negros:

Entonces me contrarié mucho con aquella loca conjetura, y a punto estuve de tirarle el sopón caliente por la cabeza, así de convencido estaba de que tantas leyendas tuyas más eran para joderme el ánimo que para advertirle al Avilés de peligros reales que encontraríamos en la travesía (67).

Puntualizo nuevamente las persistentes pugnas entre los negros y Gracián porque en estas zonas marginales, borrosas, alejadas de la autoridad, los negros, desde las enseñanzas que les confieren los mitos, se permiten desafiar, contradecir y rebatir el punto de vista único y monolítico de los blancos. Gesto irreverente, desestabilizador que adquiere aún más valor si se sitúa en correlación con las anteriores novelas históricas de nuestro autor, categoría puesta en crisis por él mismo cuando sostiene que sus novelas no son históricas, sino “fundaciones utópicas que disfrazan de historicismo su textualidad” (Rodríguez Juliá “El mito” 116). Y este disfraz no es casual. Las novelas situadas en el siglo XVIII rescatan el sector más segregado de la sociedad colonial, el mundo negro, y giran en torno a tensiones raciales y rebeliones masivas de esclavos. Si se tiene en cuenta que en Puerto Rico hubo algunas rebeliones menores y aisladas que nunca tuvieron éxito, pero jamás hubo ni se conocen planes de una rebelión general, es factible pensar que se constituye un procedimiento mediante el cual la imaginación crea aquello que no sucedió. El desafío al punto de vista único de los blancos marca una rebelión, no esta vez en el terreno de las armas sino en el de los discursos. Lo discursivo cumple una doble función: por un lado, recuperar la tradición cultural y, por otro, proteger, junto con las características físicas y topográficas del lugar, ese espacio “entre medio”, ese intersticio donde es posible el rescate de la memoria negra, donde se habla cangá y se celebran ritos fúnebres africanos, donde los nombres propios responden también a la



V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

tradición africana y ya no a la judeocristiana. En otros términos: es a través de estas prácticas que el universo negro va configurando un espacio de libertad donde se hace posible la construcción de una nueva cultura en el exilio. Las ya mencionadas discusiones entre Marcos y Gracián en torno al tiburón que termina con la vida de Pedro y a los zocos que están espetados en la laguna permiten a Marcos contar la historia de Mitumo, la Reina de África y la serpiente Mato, punto de máxima concentración de la cultura negra a lo largo de toda la novela. Estamos aquí, en el nivel de Marcos narrador de este relato, dentro de una construcción en abismo, que se completa con la crónica de Gracián, que, al mismo tiempo, es un componente más del sistema de enunciación operado por un narrador en tercera persona. Pero también podemos entender esta dinámica como una compleja estructura de series dentro de otras series. De esta manera, la historia de la Reina de África está dentro de la Crónica de Gracián, que es narrada en “El viaje menino”, capítulo principal de *El camino de Yyaloide*, novela que integra la trilogía inconclusa “Crónica de la Nueva Venecia”, que, junto con *La renuncia del héroe Baltasar*, componen la denominada serie de novelas históricas de Edgardo Rodríguez Juliá, que, a su vez, forma parte de la serie literatura puertorriqueña, que, según el mismo Rodríguez Juliá, “tiene como principal tarea explicar por qué Puerto Rico hoy por hoy es aún una colonia” (Ortega 132). Podríamos pensar que tal encadenamiento constituye una manera alterna de trazar un camino, un viaje, que parte de un mito africano para llegar a la realidad fáctica extraliteraria puertorriqueña.

Desde hace un poco más de cuatro décadas Puerto Rico asiste a un proceso de construcción y revisión de una memoria histórica prolongadamente intervenida. Uno de los aportes más significativos de la literatura en dicho proceso fue el de “colmar las expectativas de un público tan sediento de epopeya como privado de referencias historiográficas concretas” (Vega 30). Siguiendo un razonamiento consonante, cabe preguntarse cuál es el aporte de *El camino de Yyaloide*. Si las primeras novelas de Rodríguez Juliá fundaban una épica inexistente en la isla, ésta constituye



una alternativa de rebelión diferente que radica en la posibilidad de ejercer prácticas discursivas vinculadas al rescate de la memoria negra, que se transforman en instrumentos o armas capaces de “dominar” o “doblegar” - aunque más no sea efímeramente- el orden establecido. Hasta podría pensarse esta versión de los hechos desde el presente de Puerto Rico y ponerla en diálogo con el trabajo que hacen los intelectuales, ejerciendo el poder de la palabra a través de prácticas literarias que alteran el orden vigente en pos de la reafirmación de la cultura y la identidad puertorriqueñas asediadas, persistentemente, por la penetración imperial.

Bibliografía

Conenna, Víctor. “Una rebelión distinta: la voz negra como instrumento de insurrección”. Eds. Mónica Marinone y Gabriela Tineo. *Viaje y relato en América Latina*. Mar del Plata: Ed. Katatay, 2010. 181-199.

Ortega, Julio. *Reapropiaciones: cultura y nueva escritura en Puerto Rico*. Río Piedras: Edit. de la Universidad, 1991.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *La Noche oscura del Niño Avilés*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1984.

Rodríguez Juliá, Edgardo. “El mito del espacio perfecto en el barroco caribeño”. *Hispanística XX*. 3 (1985): 113-119.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *El camino de Yyaloide*. Venezuela: Grijalbo, 1994.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *La renuncia del héroe Baltasar*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Vega, Ana Lydia. “Nosotros los historicidas”. *Historia y literatura*. Vega, Ana Lydia y otros. San Juan: Editorial Postdata, 1995.

Zanetti, Susana. *Leer en América Latina*. Mérida: El otro el mismo, 2004.